

libroscopio

El vuelo del Gatopardo

Lucas Villavecchia pertenece a una familia de letraheridos. Sus abuelos, Javier Villavecchia y Marta Obregón, fueron siempre gente enamorada de las letras y entre sus amigos se contaron Juan Benet, José Donoso, Rosa Regàs o García Márquez. Lucas, impelido por esa necesidad de juventud de soltar amarras, en vez de tomar el camino de las letras tomó un vuelo barato a Londres para estudiar Políticas y Filosofía. Mientras tanto en Barcelona, de una manera impremeditada, nació Ediciones Gatopardo en el 2015. Fue en una sobremesa animada en que los Villavecchia se lamentaban de que algunos libros de Giuseppe Tomasi Di Lampedusa (el autor de *El gatopardo*) no estuvieran disponibles en castellano o catalán. El matrimonio decidió, a sus más de noventa años, crear en un piso de la rambla Catalunya de Barcelona una pequeña editorial para que libros valiosos no se perdieran, bajo la dirección editorial de Mónica Monteys. Cuando fui a visitarla hace cinco años para esta misma sección, me explicó que la consigna era “calidad literaria y recuperación de obras de la literatura universal no publicadas en castellano o descatalogadas”.

El nieto de los fundadores, Lucas Villavecchia, que se había ido al Reino Unido a estudiar Filosofía y Políticas, fue víctima de las piruetas del azar. Acabó en

mos cambiado el énfasis del principio en rescates de libros olvidados o descatalogados. Me propuse cambiar el foco a la ficción contemporánea de autores extranjeros”. Es consciente de la dificultad de competir en ese terreno con editoriales más poderosas: “Me paso el día rastreando libros que se han publicado en otros países como un sabueso. La única manera de competir con las grandes es ir muy rápido, leer el libro antes que suban las expectativas. ¡Y claro que te pasas la mitad del tiempo perdiendo libros! Pero hay autores extranjeros que, aunque seamos una editorial pequeña, confían en nosotros al ver el catálogo de autores donde van a estar y valoran que su obra sea tratada como un libro único”.

También se ha zambullido en el ensayo buscando “un punto medio entre la divulgación efímera y los libros excesivamente académicos. Que sean libros que se hagan eco de aspectos del mundo contemporáneo que nos preocupan”. Está contento con la buena respuesta que está teniendo *Estado del malestar* de la noruega Nina Lykke, que nos muestra que dentro de la bata de doctora de cabecera infalible hay una persona en ebullición. Acaban de publicar *Cuánto oro esconden estas colinas* de C. Pam Zhang, un western alternativo protagonizado por las peripecias de las hijas huérfanas de emigrantes chinos atraídos a América



El editor de Gatopardo, Lucas Villavecchia

A. ITURBE

Londres trabajando para el potente sello editorial Dorling Kindersley especializado en libros ilustrados divulgativos, bajo el paraguas de Penguin Random House, como jefe de ventas para el Sudeste Asiático. “Allí hice el máster de edición que nunca estudié”, me cuenta. En el 2018, estando en Vietnam, le llamó la atención en el quiosco del aeropuerto de Da Nang un pequeño libro de Jon Swain donde explicaba sus experiencias en el Mekong. Y supo que era un libro para Gatopardo. Se publicó como *El río del tiempo*. Y, de alguna manera, fue su billete de vuelta.

Desde la acogedora sala de trabajo de la rambla Catalunya me dice: “He pasado de un transatlántico a una chalupa”. Lo hace sonriendo, pero también con orgullo de esa editorial artesanal y cuidada en todos sus detalles que es Gatopardo.

Mónica Monteys sigue vinculada editorialmente y el joven Villavecchia no quiere que se pierda el hilo de lo que nació: ser una editorial literaria, revisar las traducciones a fondo, cuidar obsesivamente cada detalle de la edición. “He-

El matrimonio Villavecchia tenía noventa años cuando creó la editorial en un piso de la rambla Catalunya

por la fiebre del oro. En el segundo semestre llegará *Los inquietos*, donde la escritora Linn Ullmann dibuja su infancia con unos padres como Liv Ullmann e Ingmar Bergman.

Le pregunto si no se arrepiente de haber dejado un coloso editorial por una chalupa: “Estar al mando de una editorial literaria, por pequeña que sea, publicar libros con los que uno se siente plenamente identificado, no tiene precio. Tiene sus altibajos y sus frustraciones, también sus servidumbres... irónicamente, ¡uno está siempre pendiente de la calculadora! Pero al menos son el resultado de una apuesta y de un compromiso personal. Los fracasos son más duros, pero los éxitos son infinitamente más gratos”. |

ANTONIO ITURBE



El budista Stephen Batchelor defiende aquí la tesis de que la meditación y el retiro al interior contribuyen a que nos convirtamos en el tipo de persona que aspiramos a ser

XAVIER GÓMEZ

Ensayo Un repaso a los grandes escritores solitarios

El don de la soledad

ALEXIS RACIONERO RAGUÉ

Saber estar con uno mismo en armonía con el entorno es uno de los grandes retos del ser humano. Buda nos enseñó a meditar para mirar hacia dentro y conectar con nuestra esencia. Más tarde, hombres de amplia cultura como Michel Montaigne precisaron retirarse a su interior para cumplir sus anhelos más profundos. Del retiro de uno y de otro, salieron el canon pali budista o unos de los más célebres ensayos que jamás se han escrito.

Montaigne decía: “La gente mira siempre lo que tiene delante; yo vuelvo mi mirada hacia dentro. La planto allí, allí la albergo. Solo trato conmigo mismo. Pienso en mí mismo incesantemente, me mido, me saboreo”.

En pali o en sánscrito soledad se denomina *viveka*, que se traduce como separación, aislamiento o reclusión. En uno de sus últimos discursos, Siddharta Gautama invitaba a sus discípulos a convertirse en islas, dejando que el dharma fuera su único refugio.

Stephen Batchelor, budista y agnóstico, sigue a Montaigne en su retiro en la Dordoña o a Bergman en Farö

Hoy Stephen Batchelor (Dundee, Escocia, 1953), reputado budista agnóstico y autor de libros como *Budismo sin creencias* (1997) o *Después del budismo* (2015), nos propone recogerlos en la riqueza que otorga el don de la soledad. Lo hace con un libro polifacético y pluridisciplinar de estructura ordenadamente libre, partiendo del retiro solitario de Montaigne a la torre de su castillo en la Dordoña donde acabaría sus días. Desde ahí vamos conociendo experiencias íntimas del autor vinculadas al contacto con el peyote o las drogas visionarias, sus retiros zen y de meditación vipasana, sus retiros sobre pintores de la soledad como Vermeer o el pensamiento de quienes transitaron este camino del solitario conocimiento. Gentes como el maestro Ingmar Bergman, que se retiraba a la isla de Farö para planificar sus películas y escribir sus guiones, reconociendo que allí, en su soledad, albergaba demasiada humanidad.

Batchelor defiende la tesis de que la meditación y el retiro al interior tienen sentido en la medida en que contribuyen a que nos convirtamos en el tipo de persona que aspiramos a ser, siempre en el encuentro con los demás. En su opinión “para integrar la práctica contemplativa en la vida cotidiana no basta con aprender técnicas de meditación. Es necesario cultivar y refinar una sensibilidad respecto a la totalidad de la existencia, desde los momentos íntimos de angustia personal al sufrimiento infinito del mundo”.

Ralph Waldo Emerson en su ensayo *Confianza en uno mismo* (1841) afirmaba que es muy fácil vivir en el mundo conforme a las opiniones de este o hacerlo en soledad, con las opiniones propias. El reto es ser capaz de conservar la perfecta dulzura e independencia de la soledad en medio de la multitud.

Poder mantener callada la voz solitaria porque somos expertos en pasar el tiempo a solas, enfrascados en emociones y sentimientos que disparan un discurso constante. Montaigne propone instalarnos en una claridad mental ajena a los pensamientos obsesivos y las emociones tóxicas.

La soledad no tiene que ver con encerrarse dentro de una cueva fresca y oscura, ajenos al trasiego de la vida cotidiana. Como sabemos y experimentamos en estos tiempos de pandemia, el aislamiento puede magnificar las tensiones y enojos que nos atenazan.

Si no aprendemos a poner la mente en paz no podremos escapar. Como plantea Stephen Batchelor al inicio de su libro, la soledad es una forma de estar en el mundo que hay que cultivar mediante un entrenamiento de la mente. Practicar la soledad es consagrarse al cuidado del alma.

En este ameno *Elogio de la soledad* transitan sabias voces como las de Montaigne, John Keats, T.S. Eliot, Aldous Huxley, Nelson Mandela o Thomas de Quincey que nos invitan a vivir una segunda vida completamente ajena a los avatares y los mundos digitales.

Se trata de ese mundo interior y de la secreta conciencia que a veces olvidamos. |

Stephen Batchelor
Elogio de la soledad

URANO, TRADUCCIÓN: VICTORIA E. HERRILLO LEDESMA. 224 PÁGINAS, 16 EUROS